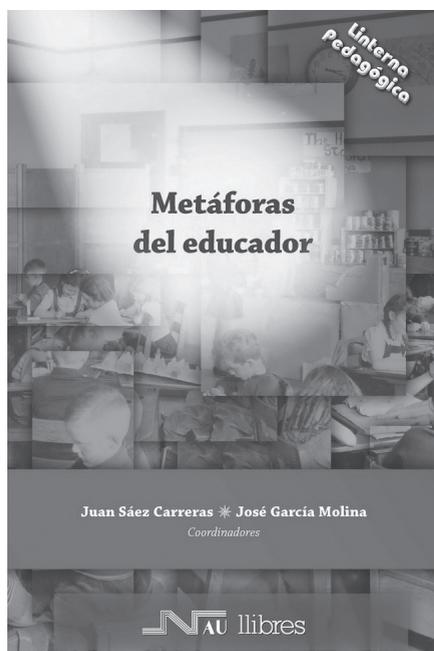


Sáez Carreras, J. y García Molina, J. (2011)

Metáforas del educador

Barcelona: Nau Llibres



Las metáforas resultan fundamentales en la tarea humana de dar cuenta sobre las perspectivas sobre el mundo: cómo se piensa sobre las cosas, cómo se hace sentido de la realidad o cómo se plantean los problemas que más tarde deben resolverse. Aún así, la metáfora ha sido considerada durante toda la historia como una simple figura retórica, una de las maneras de adornar el lenguaje para hacerlo más bello o interesante. *Metáforas del educador* desvela con gran claridad y ausencia de tecnicismos cómo la metáfora no es sólo un embellecimiento, sino una parte del lenguaje cotidiano que afecta

al modo en que percibimos, pensamos y actuamos como educadores.

Juan Sáez y José García, coordinadores del libro, no pretenden afirmar que la imagen metafórica pueda desplazar o sustituir completamente a la reflexión analítica y la construcción discursiva. Se trata, en todo caso, de un modo más sensible de aproximarse al conocimiento de un agente de la práctica educativa, destacando matices que las teorías científicas y los deberes profesionales no suelen alcanzar a explicitar. La imagen metafórica

dice algo acerca del educador, y de las vicisitudes de las prácticas del educar, sin tener que recurrir a la habitual rigidez de los conceptos definitorios, las teorías contrastadas o los sistemas recurrentes. Es cierto que la metáfora privilegia los contornos y las texturas haciendo difícil precisar un contenido exacto y/o la explicación precisa sobre lo que un educador es, o debe ser, hace, o debe hacer. Pero, al colocar la imagen antes que la idea, y la idea antes que el discurso, la metáfora convierte su límite en pura potencia de ver, sentir, pensar. Y desde esta convicción, la segunda parte del libro propone una serie de metáforas que los colaboradores escriben a partir de sus experiencias y vivencias profesionales, de sus distintos modos de pensarse y actuar en el espacio relacional educativo, de sus tensiones, paradojas y alegrías. Los textos, resultado de un poner en juego sus deseos, sus dudas, sus anhelos y escepticismos, ejemplifican buena parte del universo prometedor que se anuncia tras un pensamiento y escritura metafóricos.

Pero la lectura de *Metáforas del educador* nos adentra también en una dimensión dialógica que alcanza, al menos, tres dimensiones. Primero, porque la propia formulación de la metáfora suele emerger de una conversación de cada uno de los autores consigo mismo. Segundo porque, una vez explicitadas, las metáforas de cada quien van insertándose en una red de reenvíos dialógicos con otros, de manera que el lector atento encuentra un juego de envíos y reenvíos en el que puede recrearse, enlazar, contrastar los diferentes aspectos y visiones sobre el actuar educativo. Por último, evidentemente, está el diálogo con el lector. Porque el uso de la metáfora no busca tanto fijar una verdad como producir transacciones con, y transiciones entre, los interlocutores-lectores. Es cierto que esa es la finalidad de casi todo libro; pero en el caso que nos ocupa tal anhelo cobra una fuerza inaudita.

Por todo ello, a mi juicio, la lectura detenida y deleitosa de este texto, precioso y necesario, provocará inevitablemente en el lector la necesidad de confrontarse a sus propias imágenes, de elaborar sus propias metáforas, para llegar a explicarse como educador echando mano de medios menos científicos, morales o técnicos pero, si se me permite la audacia, a todas luces más éticos. Quizás, incluso, se permita un dejarse transportar a todo tipo de trayectos insólitos, asumiendo las bifurcaciones, las direcciones prohibidas y todas las antinomias propias del pensar (en) la vida y (en) la educación.

MARÍA DÍAZ GARCÍA
Universidad de Castilla La Mancha